



Explorando el rastro de Dios



El escultismo apuesta desde sus orígenes por la educación de la dimensión espiritual de la persona humana. Tanto en asociaciones laicas como confesionales. En su proyecto educativo integral, se opta por su educación de forma integrada y simultánea al resto de dimensiones, utilizando las herramientas propias que le facilita el método *scout*.



Rogelio
Núñez



rogelio@marianistas.org



Método Scout

VALORES DEL MOVIMIENTO
SCOUT

DIMENSIONES
DE LA PERSONA

Deber consigo mismo

Deber con los demás

Deber para con Dios



Individual

Social

Espiritual

La dimensión espiritual es uno de los tres pilares del modelo de persona que, desde su fundación hasta nuestros días, se ha propuesto educar el escultismo. Está recogida tanto en la formulación de la Promesa *scout* como en los valores del movimiento *scout* (deber para con Dios), que junto al método *scout*, son condición *sine qua non* para el reconocimiento oficial de toda asociación *scout* que se precie de practicar un escultismo auténtico.

La Organización Mundial del Movimiento Scout ha procurado, a lo largo de toda su historia, velar para que esta dimensión no desapareciera de su propuesta ni de su práctica educativa, amputando así una parte fundamental de la experiencia humana. Haciendo compatible tanto su posible concreción laica, que no laicista, como la rica diversidad de propuestas de escultismo confesional, que representan todas las tradiciones religiosas y espirituales de la humanidad: cristianismo, islamismo, budismo, judaísmo, sintoísmo, animismo, etc. El ejemplo de diálogo, colaboración y fraternidad interreligiosa e intercultural, sigue siendo una de las grandes contribuciones que este movimiento educativo internacional está ofreciendo a la humanidad.

Sin confundir ni llegar de forma simplista a la identificación de espiritualidad y religión, se reconoce la estrecha vinculación entre procesos innatos al ser humano como son: la sed de trascendencia, la búsqueda espiritual del sentido de la vida o la experiencia religiosa y el encuentro personal con Dios. El escultismo, por tanto, no adoctrina a niños y jóvenes en una tradición religiosa concreta, sino que educa su proceso de madurez espiritual y, si la tiene, lo acompaña en la vivencia de su fe religiosa.

Como movimiento, asociación o grupo, el escultismo está abierto. No excluye a nadie, tenga o no, sensibilidad espiritual o credo religioso. Pero como toda educación, no es neutral ni aséptica, sino que responde a una intencionalidad, apunta hacia un horizonte: un hombre y una mujer capaz de "explorar lo invisible".

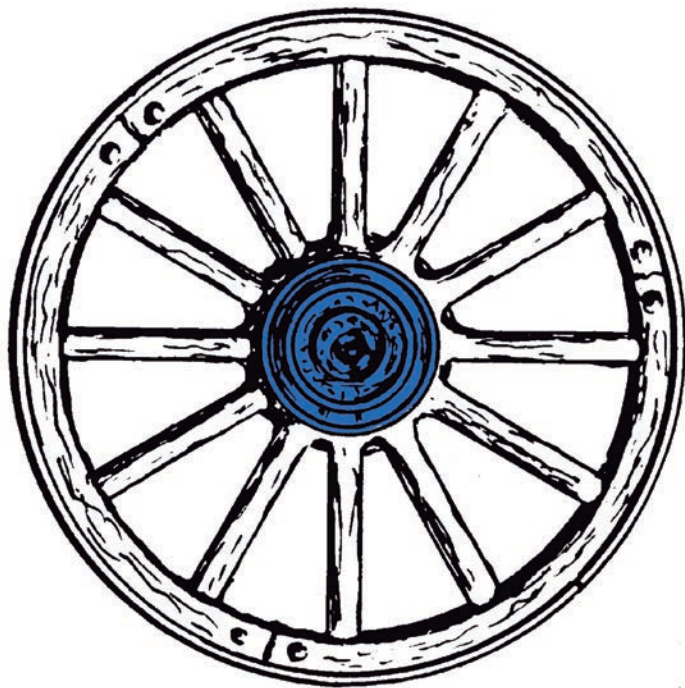
El desarrollo espiritual de los niños y jóvenes corre, por tanto, de la mano de su pleno desarrollo humano y del encuentro, comunicación y compromiso con los demás

Trabajar de forma conjunta todas las dimensiones de la persona

Una dimensión educable desde el método *scout*

El escultismo es un proyecto educativo integral que apuesta por el desarrollo armónico de todas las dimensiones de la personalidad humana, articuladas en torno a tres grandes áreas de crecimiento: la relación conmigo mismo, la relación con los otros y la relación con Dios. La valiosa, y en su día revolucionaria, contribución pedagógica del método *scout* fue la opción por trabajarlas de forma conjunta; aprovechando su interconexión y complementariedad, del mismo modo que convergen y se unifican en la personalidad de cada individuo.

El desarrollo espiritual de los niños y jóvenes corre, por tanto, de la mano de su pleno desarrollo humano y del encuentro, comunicación y compromiso con los demás. Es una dimensión humana, como el resto, educable directamente desde el método *scout*, sin necesidad de elementos ajenos al mismo. La incorporación de celebraciones o actividades específicas que expliciten una tradición religiosa concreta, tienen cabida en las asociaciones *scout* confesionales.



▲
Cuanto más se acercan
a los demás, más se
acercan a Dios

Los elementos del método scout son los siguientes:

- La Promesa y la Ley.
- La educación por la acción.
- El sistema de equipos.
- El marco simbólico.
- La progresión personal.
- La naturaleza.
- El acompañamiento de adultos.

La educación por la acción: una espiritualidad encarnada

La dimensión espiritual en el método *scout*, de igual modo que el resto de dimensiones de la persona, se educa a través de la acción. Es decir, a través de la realización de actividades, en la interacción del niño con sus iguales y con su entorno. Es en la participación activa y en la vivencia consciente de cada experiencia, en la que se apoya cada aprendizaje. El desarrollo espiritual también está incorporado al ciclo básico de la pedagogía activa del escultismo:

- Vivir e interactuar con la vida.
- Reflexionar sobre lo acontecido.
- Conectar de forma significativa con la propia vida.
- Decidir sobre la misma.

Si bien pueden programarse actividades enfocadas de forma explícita al desa-

rollo espiritual o la celebración de la fe en el grupo, normalmente bastará con un adecuado aprovechamiento de las actividades generales para no pasar superficialmente sobre las mismas. Despertando y cultivando la sensibilidad para trascenderlas e ir más allá en la búsqueda de su sentido.

En el fondo, hacer experiencia de Dios no es más ni menos que palpar, vivir y descubrir su presencia cierta y amor entrañable, latiendo en las mil y una cosas y personas que conforman nuestra vida cotidiana. El crecimiento y educación de esta sensibilidad religiosa ha de hacerse desde la vida, para que sea en ella en la que descubramos, hablemos de tú a tú, y amemos al Dios que la habita.

El sistema de equipos: de la alteridad a la comunidad

Imaginad que el mundo es una rueda, que el centro es Dios, y que los radios son las diferentes maneras de vivir de los hombres. Cuando los que, deseando acercarse a Dios, marchan hacia el centro del círculo, se aproximan los unos a los otros al mismo tiempo que a Dios. Cuanto más se aproximan a Dios, más se acercan los unos a los otros. Y cuando más se acercan a los demás, más se aproximan a Dios.

(DOROTEO DE GAZA, siglo VI)

La socialización dentro de un grupo *scout* pasa de ser una herramienta de aprendizaje para convertirse en su objetivo, si se explicita y celebra como formación comunitaria. Los grupos de trabajo, seisenas, patrullas..., son pequeñas células de vida y crecimiento mutuo. En ellas recibimos el estímulo para esforzarnos, la verdad con la que contrastarnos y el cariño para aceptarnos. Son escuela de humanidad y, si a nuestro lado hay educadores que nos hagan caer en la cuenta, la primera tierra sagrada que pisamos.

Los pequeños grupos y el gran grupo donde los chicos y chicas desarrollan su vida *scout*, se muestran como núcleos excelentes de personalización y socialización. En el diálogo, la convivencia, el encuentro con el otro y con uno mismo, aprendemos a ser para los demás en co-



munidad. Nos posibilita abrirnos a la experiencia de un encuentro personal con Dios. La disponibilidad y participación en la marcha de su propia patrulla o unidad, su raid más allá de los límites del grupo abriéndose a otros entornos y otras realidades, prepara al joven para descubrir un horizonte más amplio en su relación con la realidad. La experiencia religiosa está entrelazada en la dimensión social y comunitaria de la vida de todo creyente, sea del credo que sea.

El marco simbólico: un lenguaje para expresar lo inefable

El lenguaje simbólico nos permite comunicar y entender experiencias que, dada su profundidad o naturaleza, difícilmente encontraríamos palabras para expresarlas. Algunos símbolos como el fuego, el agua, un nudo, un abrazo, etc., son más elocuentes que todas las palabras y que todos los signos que la humanidad ha inventado.

El *scout*, como buen explorador, se adiestra en la lectura e interpretación de aquellos símbolos cuyos significados van más allá de lo evidente. Del tradicional juego de pistas, pasando por el desarrollo de marcos simbólicos, para nutrir de contenido añadido gran parte de sus actividades, los niños y jóvenes se van alfabetizando y familiarizando en el uso del lenguaje simbólico. Tradicionalmente el escultismo ha sabido enriquecer sus ceremonias y celebraciones incorporando gran variedad de elementos simbólicos. Este aprendizaje será fundamental en el despertar de su dimensión espiritual. Progresiva e intuitivamente, irá aprendiendo

a dotar de significado, a utilizar y a leer los mensajes potencialmente latentes en el corazón de objetos y gestos cotidianos, para expresar y compartir sus experiencias religiosas.

Las realidades que escapan o desbordan los estrechos límites de la razón y la lógica, como el amor o el perdón, nos ayudan a adentrarnos en los misterios de la vida, difícilmente comprensibles dentro del cajón de una definición o una palabra. De igual modo, en el ámbito de lo espiritual y religioso, las experiencias fundamentales que lo determinan, necesitan del uso de los símbolos para poderse vivir y expresar. A través de ellos, en lo efímero podemos leer lo permanente; en lo temporal, lo eterno; en el mundo, a Dios. Y entonces lo efímero se transfigura en señal de la presencia de lo permanente, lo temporal, en símbolo de la realidad de lo eterno; el mundo en el gran sacramento de Dios.

La progresión personal: un encuentro con Dios que compromete con el hombre

En el horizonte de madurez personal, social, y espiritual del escultismo, converge un modelo de hombre y mujer autónomo, responsable y comprometido con ellos mismos, con la sociedad y con Dios.

Toda vivencia espiritual y religiosa, lejos de alejar a la persona de su realidad humana, le ofrece un camino de profundización y realización para alcanzar su plenitud: "He venido para que tengan vida y la tengan en abundancia" (Jn 10,10). Por lo que el escultismo, apuesta por el desarrollo armónico de todas las dimensiones de la persona. Y aprovecha las sinergias que,

▲
Aprender a ser para los
demás en comunidad



▲
Símbolos más
elocuentes que las
palabras

desde su enfoque pedagógico transversal, puedan contribuir al estímulo mutuo para su crecimiento.

Así como no se concibe un sujeto maduro y responsable que no tenga un compromiso con su entorno y comunidad más inmediata, tampoco se concibe una persona con sensibilidad religiosa que no sepa hacerse próxima al dolor y sufrimiento ajeno; comprometiéndose en la transformación de las causas o injusticias que lo provoquen.

La salida de uno mismo y el compromiso solidario con aquellos que más lo necesitan, que en el escultismo se ha venido llamando actitud de servicio, no sólo contribuye a la configuración de una sana identidad personal; sino que también son caminos de coherencia ética y espiritual. A la luz de la fe, puede llegar a ser lugar de encuentro con el rostro de Aquél, que las grandes tradiciones religiosas de la humanidad siempre han identificado como el Dios del amor, la justicia, la paz y la misericordia: “En verdad os digo que cuanto hicisteis a unos de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicisteis” (Mt 25, 40).

La naturaleza: un contexto privilegiado

Cada uno de nosotros posiblemente tiene su propia manera de acercarse a Dios. O a través de experiencias que nos desbordan, especialmente densas de sen-

tido, intuir vivamente la frontera entre lo inmanente y lo trascendente. Pero no siempre es fácil, ni tenemos la disposición adecuada para dar ese salto, esa perspectiva especial que traspasa lo aparente y nos lleva a la raíz de las cosas. Afortunadamente, el contacto directo con la naturaleza: el agua, el sol, los bosques, las montañas, el mar, los animales..., es un contexto privilegiado tanto para hacer experiencia de Dios, como para educar nuestra capacidad de contemplación y sensibilidad religiosa.

Desde sus orígenes, el escultismo ha aprovechado la vida en la naturaleza como herramienta educativa y de crecimiento espiritual. En su desnuda belleza, armonía, pequeñez e inmensidad, resulta más fácil encontrar el rastro del Dios que habita en el mundo o, mejor dicho, sentirse parte de un mundo que está habitado por Dios, facilitando así nuestro encuentro con Él. Viviendo experiencias en la naturaleza, cultivamos la capacidad de asombro y el hábito de interrogarse, una mirada contemplativa, la ética del cuidado y de la gratuidad, la sensibilidad estética y un sano gusto por la sencillez y la austeridad. Todas ellas, competencias previas y necesarias para el despertar espiritual de la conciencia humana.

El ser humano encuentra en los horizontes abiertos del medio natural su verdadera escala, reconociendo humildemente su fragilidad y pequeñez al tiempo que su dignidad. En un mayor contacto y comunión con el ciclo de la vida, las estaciones, su propio cuerpo..., se siente interpelado y hermanado con todo lo que, en lo más profundo, le habla de su auténtica condición, lo que le llama desde el palpar de la vida a la plenitud de su vocación humana.

El silencio: creciendo desde dentro

En la quietud del amanecer, en la calma tras la tempestad, bajo el abrumador espectáculo de un cielo estrellado, el explorador aprende a acallar sus ruidos para escuchar la elocuencia del silencio. De igual modo, la actividad *scout* no es una frenética concatenación de actividades y experiencias, sino que siempre brinda



oportunidades para parar y disfrutar del silencio. Es el tiempo para desarrollar la interioridad, para prestar atención a la propia vida y para la escucha atenta de sus llamadas. Lo que no podrá darse nunca sin educar la capacidad de hacer silencio, para escapar de las muchas distracciones que nos mantienen evadidos y entretenidos fuera de nosotros mismos.

Necesitamos de esos tiempos de remanso en los que damos mayor calado a lo vivido, profundizamos en su sentido y tocamos nuestra verdad. Es en el silencio y la soledad buscada, no la que es fruto del aislamiento o el abandono, sino la que posibilita la intimidad con nosotros mismos y con el Espíritu que nos habita, donde nos hacemos conscientes del encuentro con Dios. En el lenguaje religioso se llama oración a ese encuentro asiduo entre Dios y el ser humano.

Desde la infancia, el *scout* se siente cómodo a solas consigo mismo y desarrolla la destreza de explorar su mundo interior, aprendiendo a conocerse y aceptarse. No recluyéndose en su propio ensimismamiento, despierta todos sus sentidos para abrirse a la alteridad. La fe en un Dios personal, si la tiene, le posibilitará dar nombre y rostro al Dios que sale a su encuentro.

El acompañamiento de adultos: una guía en el camino

Todo educador *scout* es consciente que no transmite únicamente con lo que dice o hace, sino también con lo que es. Entiende que acompañar el crecimiento de la dimensión espiritual, como cualquiera de las demás, no es para él una opción,



En un mayor contacto
con el ciclo de la vida

sino un deber y una gran responsabilidad. Ya sea o no una persona creyente, vive y educa desde una concepción trascendente de la vida, abierta al desarrollo de una conciencia espiritual personal o colectiva, y valorando y posibilitando su concreción religiosa.

De igual modo, entiende que su tarea no tiene nada que ver con el proselitismo religioso, ni con el adoctrinamiento catequético. Partiendo de la convicción de que la experiencia espiritual o religiosa ni se crea, ni se provoca. Su quehacer consiste en crear las condiciones para que sean posibles. Y orientar y acompañar a los niños y jóvenes para que puedan cultivar su sensibilidad espiritual, y crecer de forma activa en el encuentro personal con Dios, de acuerdo con su fe •



HEMOS HABLADO DE

Educación religiosa; desarrollo espiritual; creencias; aprendizaje por descubrimiento.

Este artículo fue solicitado por PADRES Y MAESTROS en marzo de 2017, revisado y aceptado en junio de 2017.



PARA SABER MÁS

MOVIMIENTO SCOUT CATÓLICO (2002). *Animación de la fe en las ramas*. Barcelona: Mediterrània.

OFICINA SCOUT MUNDIAL (2011). *Líneas directrices para el desarrollo espiritual y religioso*. Ginebra: scout.org.

OFICINA SCOUT MUNDIAL (2011). *El movimiento scout y el desarrollo espiritual*. Ginebra: scout.org.